

LUCIANO CANFORA *

Epílogo: Antonio Gramsci y el fascismo

Cuando se discurre sobre el fenómeno mayormente —pero no exclusivamente— italiano del nacimiento del fascismo, y del clima intelectual en el que se cimentó y desarrolló hasta la posterior conquista del poder, es necesario tener presente la existencia de un difuminado y extendido sentimiento de insatisfacción, y aun de rechazo, para con los partidos tradicionales —incluidos los socialistas— y hacia la indecencia del sistema político que se consolidó con la alternancia parlamentaria entre aquellos: insatisfacción y consiguiente crítica acérrima que se manifestaron, de manera progresivamente feroz en organizaciones y personalidades de lo más diversas, en las primeras dos décadas del siglo pasado.

Recordaremos la crítica al mecanismo del sistema político basado en el partidismo-parlamentarismo forjado por los grandes exponentes de la corriente «elitista», y la necesidad de desenmascarar la pseudodemocracia parlamentaria

* Luciano Canfora (1942) es profesor emérito de filología griega y latina en la Universidad de Bari, y miembro de la Fondazione Istituto Gramsci y del comité científico de la Enciclopedia Treccani. Este texto es un extracto de *Gramsci in carcere e il fascismo*, publicado por Salerno Editrice en 2012, pp. 12-43.

intrínseca a la teoría de la «minoría electa» y de la «clase política». Recordaremos el texto programático con el que Salvemini, una vez abandonado el Partido Socialista, lanzaba la nueva revista *L'Unità* en el nombre de una deseable y radical renovación de todas las fuerzas políticas consistente, a saber, en la disolución de todos los partidos políticos tradicionales y en sustituirlos por formaciones completamente renovadas. Su lema era «morir para renacer» (*putrescat ut resurgat*). [...]

Con la Primera Guerra Mundial en curso, la crítica a la aparente «democracia parlamentaria» de las grandes potencias en lucha contra Alemania la impulsaron, con argumentos más que válidos, los propagandistas políticos y la élite intelectual europea, sobre todo alemana. [...] La experiencia de la guerra dio pie a la formación de nuevos partidos políticos. Las revoluciones que se simultanearon entre 1917 y comienzos de 1919 con la fase final de la guerra (Rusia, Alemania, Hungría), pero sobre todo la inesperada conquista del poder por parte del neonato Partido Comunista en Rusia, aceleraron la formación de partidos que, en oposición frontal con los equilibrios y las formaciones tradicionales, se ofrecieron como intérpretes de una, por lo demás, ineludible y «necesaria» revolución. [...]

Es de sobra conocido de qué forma el también neonato movimiento fascista se mostró oscilante entre el propósito de ocupar un espacio, y de representar un papel que suponía una total y original «renovación», y la elección que tomó de convertirse despaciosamente sujeto e instrumento de «conservación» y de defensa de los valores tradicionales contra la amenaza de una revolución. Y es también sabida la ambivalencia de fondo sobre la que, hasta el último momento, el movimiento creado por Mussolini basó la táctica de

la trágica partida que estaba jugando. La privilegiada capacidad de conocimiento de los hechos que nos da ser *posteri* no debe llevarnos a olvidar el inicial crédito dado al fascismo por estratos sociales descontentos e inquietos y confusamente proclives a un «cambio». No en vano el fascismo se presentó —a su modo— como movimiento revolucionario.

En este panorama de conjunto, la opción revolucionaria —propiciada por la guerra— para salir de un sistema político declarado inadecuado y ya superado (y putrefacto) aparecía ante la mayoría, aunque por diferentes y opuestas razones, la solución a las varias crisis en acto; a saber: a la posbélica, al papel de la «violencia» como fuerza liberadora del callejón sin salida (*impasse*) en el que se encontraba la democracia parlamentaria, al papel que la personalidad carismática de los *capi* reconocidos y advertidos como «demiúrgicos» perfilaron en un horizonte tan vasto que sobrepasaba los límites europeos, y que eran Lenin, Atatürk, Sun Yat-sen. Que surgiera en la inquieta y fervorosa posguerra alemana la contingencia *weberiana* del «líder carismático» supone un ejemplo, y una contextualización, de todos estos factores y de todas estas experiencias. [...]

Antonio Gramsci (1891-1937) se entregó completamente a la política por los tiempos en que parecía ponerse en marcha la triunfal revolución —la revolución socialista «mundial» querida por los pueblos como respuesta al conflicto creado por el imperialismo y al servicio de la cual decidió poner todas sus fuerzas intelectuales y sus capacidades prácticas— y murió cuando el fascismo se mostraba vencedor por doquier.

Así, uno de los hilos conductores de su pensamiento es el análisis del fenómeno fascista; esto es, el estudio del principal

sujeto y factor político-social que hizo imposible la revolución socialista en Italia. Por eso es importante, si queremos estudiar los trazos esenciales de su obra, seguir la evolución de sus ideas sobre el fascismo. No es un caso que su pensamiento vuelva a estar de actualidad cada vez que la relación entre las fuerzas políticas se decanta del lado de la reacción y la revolución, o es derrotada, o queda retrasada *sine die* o, en cualquier caso, reinterpretada como largo proceso de transformación. Y hemos de entender este largo proceso a partir del concepto —de la audaz concepción reinterpretada por Gramsci— de «revolución pasiva». Por eso el pensador italiano es tan actual hoy, cuando hemos dejado a nuestras espaldas más de dos décadas del epígono que siguió al resquebrajarse del último producto estatal que dieron las revoluciones europeas del siglo xx y el socialismo sobrevive apenas como gestión alternativa al sistema económico vigente.

Es sobremanera instructiva la evolución que sufrió su diagnóstico sobre el fascismo, desde las primeras batallas periodísticas de hacia 1920 hasta el modo de abordarlo, ya en prisión, en el Cuaderno 13. Sea como fuera, es un diagnóstico profundo que basa su valor actual en que sigue vigente la afirmación de que cualquier reacción capaz de convertirse en mayoritaria en la sociedad es —*in nuce* e *in radice*— una forma (isomorfa, es cierto y adecuada a su propio tiempo y modernizada) de «fascismo». Al igual que en la existencia individual, en la vida de las naciones cada generación hace suya la experiencia pasada, que reaparece siempre como si fuera nueva, de manera que la lección de la precedente no sirve para casi nada. [...]

[La evolución de una parte del pensamiento de Gramsci se comprende si se estudia el concepto de cesarismo ligado al de líder carismático (*capo*) de los sistemas dictatoriales].

Polemiza con los socialistas que afirman aceptar, sí, «la dictadura del proletariado pero rechazan la dictadura de los *capì*, rechazan que el mando se individualice, se personalice» y les reprocha el no querer «aceptarla en la única forma en que es históricamente posible». El artículo⁹⁰ fue escrito con ocasión de la muerte de Lenin. Gramsci no solo quiere dejar constancia de la forma «personal» que ha adoptado el poder en la Rusia bolchevique, sino que se encuentra delante la necesidad de deber establecer una diferencia clara entre Mussolini y Lenin, entre dos formas de poder encarnadas ambas en un *capo*. Y Gramsci hace el esfuerzo de intentar explicar las diferencias, para lo que recurre a conceptos como «el proceso de selección ha durado treinta años» y que se ha llevado a cabo «en contacto con las civilizaciones capitalistas más avanzadas de la Europa central y occidental» (de donde saldría Lenin). No olvida mencionar el «fracaso de Mussolini como *capo*» a raíz de la Semana Roja de junio de 1914. Son intentos no convincentes y provisionales si los relacionamos con las páginas que más tarde escribirá en los cuadernos 9 y 13, pero en ellos se entrevén las diferencias sobre las que Gramsci, al final, atestará el cesarismo regresivo y el progresivo. [...] Desde el momento en que aparece este artículo, el 1 de marzo de 1924, Gramsci se esfuerza en hacer que «cuadren» los presupuestos de los que parten sus reflexiones, de integrar su propio mundo con el precipitarse, no siempre previsible, de la vida real: de la toma del poder a la dictadura de partido y hasta llegar a la dictadura personal. Gramsci es consciente de la evolución de la Unión Soviética e intenta explicársela de manera satisfactoria. El complicado, y no demasiado persuasivo, razonamiento de 1924 según el cual solo los líderes

90 Véase el artículo XIX del presente volumen. (*N. del T.*)

proletarios serían líderes verdaderos (dejando claro —porque la realidad se lo ha hecho ver— que el poder personal de un *capo* es ineluctable) pierde fuerza en la nueva reflexión confesada en los cuadernos. [...]

La visión que tiene de la realidad político-contemporánea que le toca vivir, y que se puede obtener del mosaico que son los *Cuadernos de la cárcel*, es que el predominio burgués y el modelo «liberal» son cosas del pasado, y que han sido sustituidos por dos formas político-estatales: el fascismo y el bolchevismo, que tienen elementos de analogía porque derivan del hecho de que ambos rompen con el viejo modelo, sin que deban equivocarnos las diferencias que los separan y que los enfrentan. El fascismo es la forma que consiente a las viejas clases dominantes explicar cuánto tienen que decir todavía y cuánto queda de su antigua capacidad (encuadrada, por lo demás, en un «cesarismo» que es, también y potencialmente, factor de su crisis).

Entrambas nuevas formas corren, y Gramsci lo advierte sin reticencias, el riesgo de que la masa se convierta en apenas *massa di manovra*, sin otra «función política que la de mostrar una fidelidad genérica, de tipo militar, a un centro político visible o invisible». Y, en verdad, no es una visión tranquilizadora.⁹¹

91 Saltaba a la vista (de sus adversarios *in primis*) cuán orgánica era la colaboración de lo mejor de la intelectualidad italiana con las iniciativas específicas del régimen fascista. Era indicio evidente de la aceptación del «fascismo como normalidad», incluso por parte de quien abrazaba rasgos de culturas políticas diferentes o contrarias a aquel. No siempre tiene sentido hablar de «vendidos». Pocos eran los que podían permitirse el desafío: «El fascismo no durará». El mismo Gramsci, al delinear el fascismo como la «revolución pasiva» del siglo xx, le daba crédito y le prospectaba *una lunga durata*.